



VOCES QUE CONSTRUYEN

Memorias de empresarios



Centro Nacional
de Memoria Histórica

VOCES QUE CONSTRUYEN MEMORIAS DE EMPRESARIOS



Centro Nacional
de Memoria Histórica

VOCES QUE CONSTRUYEN.
MEMORIAS DE EMPRESARIOS

Akörde

Producción editorial

Leo Felipe Campos

Deysa Rayo

Maria Alexandra Cabrera

Cronistas

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez

Director General

Camila Medina Arbeláez

Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ

Mónica De Greiff

Presidente Ejecutiva

Jorge Mario Díaz Luengas

Vicepresidente de Articulación Público Privada

Andrés Ucrós Maldonado

Director de Seguridad, Paz y Justicia

Freddy Forero Gómez

Profesional Senior de Seguridad, Paz y Justicia

Laura Álvarez Martínez

Profesional de Seguridad, Paz y Justicia

VOCES QUE CONSTRUYEN.
MEMORIAS DE EMPRESARIOS

ISBN: 978-958-5500-45-7
ISBN digital: 978-628-7561-15-1

Primera edición: diciembre de 2018

Número de páginas: 92

Formato: 15 x 23 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones
Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial
Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo
María del Pilar Hernández Moreno

Diseño y diagramación
Leidy Sánchez Jiménez
Andrea Leal

Fotografías
Portada: © David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde
Internas: © David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

Impresión
Opciones Gráficas

© Centro Nacional de Memoria Histórica
Calle 35 N° 5 - 81
PBX: (571) 796 5060
comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá D.C. - Colombia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia*
Queda hecho el depósito legal

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Embajada de Suiza en Colombia. Los contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan la opinión de esta entidad.

CONTENIDO

Prólogo.....	6
Introducción.....	8
Perdonar para seguir viviendo	16
La huella del encierro.....	32
David Hutchinson: los dos lados del cristal.....	56
Bibliografía.....	90

PRÓLOGO

En la Cámara de Comercio de Bogotá reconocemos que el proceso de construcción de paz es una oportunidad para consolidar entornos prósperos y sostenibles, que permitirán mejorar la calidad de vida de los ciudadanos y el desarrollo de más y mejores empresas en Bogotá, la región y el país.

Para aprovechar esta oportunidad, requerimos tender nuevos puentes entre el Estado y el sector privado con el fin de contribuir a la reconstrucción del tejido social y a la recuperación de la confianza que en muchos casos se ha perdido como resultado del conflicto armado interno.

Una condición necesaria para lograr esta reconstrucción es que hagamos nuestro mejor esfuerzo por comprender qué sucedió durante el conflicto y cómo se vio afectado el sector productivo.

Los ejercicios de memoria histórica desde el sector privado son indispensables para complementar la

narrativa nacional y local sobre lo ocurrido. Solo así podremos dignificar a todas las víctimas de la guerra y pensar colectivamente un futuro sin violencia.

Por esto, junto al Gobierno nacional, el Centro Nacional de Memoria Histórica y el Gobierno de Suiza decidimos desarrollar este proyecto que nos permite entender de forma preliminar las afectaciones que sufrieron nuestros empresarios en estos 50 años de violencia.

Con este trabajo queremos hacer un aporte modesto a una tarea pendiente: reconstruir la memoria de los empresarios durante estas décadas. Las crónicas presentadas en este libro son las voces de tres líderes empresariales que decidieron embarcarse en el proyecto con nosotros.

Quiero hacer un reconocimiento muy especial a estos tres empresarios pues abrieron su alma para contarnos sus historias de dolor, valentía, resiliencia y reconciliación. El valor de la memoria está en generar una reflexión social, reconocernos en el sufrimiento del otro y en ser un mecanismo para que lo que ocurrió nunca más vuelva a pasar.

Mónica De Greiff

Presidenta Ejecutiva
Cámara de Comercio de Bogotá

INTRODUCCIÓN

Memorias del secuestro Degradación del conflicto y resiliencia de las víctimas

En Colombia el tránsito de sociedad dividida a comunidad nacional reconciliada ha afrontado numerosos obstáculos. Consciente de estas dificultades, el CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica) impulsa escenarios de encuentro y conversación entre personas provenientes de distintos sectores sociales para que se reconozcan mutuamente en su victimización y procesen sus traumas mediante la escucha delicada y empática de sus memorias y el mutuo reconocimiento de su humanidad. Además de contribuir a romper silencios que aíslan, el CNMH busca integrar un gran archivo de memorias que permita al país y a las futuras generaciones reflexionar críticamente sobre estos más de cincuenta años de guerra para ir trazando las líneas rojas que se diluyeron en medio de la degradación y la sevicia del conflicto armado. Estas

líneas nos permiten identificar, como sociedad, las prácticas que son inadmisibles aún en medio de un conflicto armado porque hieren la posibilidad de vivir juntos como humanos.

Justamente, una de estas prácticas atroces fue la del secuestro.

Consciente del impacto provocado en la sociedad colombiana por este crimen, el CNMH en alianza con *Cifras y Conceptos*, publicó en 2013 el gran Informe, *Una sociedad secuestrada* (CNMH), que daba cuenta de la magnitud de esta práctica, del papel y los significados que había jugado en cada una de las etapas del conflicto armado, y de sus presuntos responsables.

Hoy, con el trabajo de depuración y de integración de numerosas bases de datos, el Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH ha confirmado lo que ya se anunciaba en ese informe: esta modalidad de violencia fue efectivamente una práctica que acompañó el desenvolvimiento del conflicto armado colombiano desde los primeros años y adquirió una proporción inusitada en 1991, cuando en ese solo año se registraron 947 secuestros, subiendo a casi 3000 en 1998 y alcanzando la increíble cifra de 4000 en 2002. En total, en el marco del conflicto armado de 1958 a 2018, el OMC (Observatorio de Memoria y Conflicto) registró un total de 37.165 víctimas de secuestro, 35.790 de ellas civiles y 1.371 integrantes

de la FP¹. En cuanto a los presuntos responsables, las víctimas los identificaron en 30.478 de ellos, señalando en 26.108 a la guerrilla como presunta responsable en contraste con 3.752 imputados a presuntos miembros paramilitares². Si bien, en muy pocos casos se conoce la ocupación de la víctima, se sabe que los comerciantes (2121), empleados (2103), profesionales (1398), funcionarios públicos (1223) y ganaderos (1177) han sido los más afectados por esta modalidad de violencia.

En Colombia existe una larga tradición jurídica en torno al delito del secuestro. En la actualidad el artículo 168 del Código Penal establece que comete secuestro aquel que “arrebate, sustraiga, retenga u oculte a una persona en contra de su voluntad” (CP, artículo 168). Se considera que este tiene un carácter extorsivo cuando existe “el propósito de exigir por su libertad un provecho o cualquier utilidad, o para que se haga u omita algo, o con fines publicitarios o de carácter político” (CP, artículo 169). La privación de la libertad en el marco del conflicto armado ha sido denominada en el artículo 148 como “toma de rehenes”.

Considerando que esta modalidad de violencia y de victimización dejó su sello en la conciencia nacional, el CNMH retomó su preocupación por dilucidar sus

1 En cuatro de esas víctimas, el OMC (Observatorio de Memoria y Conflicto) no pudo establecer si se trataba de un civil o de un miembro de la fuerza pública. Véase CNMH (2018), Bases de datos, Observatorio de Memoria y Conflicto. Fecha de corte: 15/09/2018.

2 Estos son datos de la OMC a 15 de septiembre de 2018 (CNMH, 2018).

impactos y su significación, pero en esta ocasión centrándose sobre todo en las memorias de las víctimas. Por esta razón, en 2017, el Centro inició un proceso de reconstrucción de memorias de víctimas del secuestro en esta ocasión con integrantes de la fuerza pública que culminó en julio de 2018 con el lanzamiento en el Museo Nacional de Colombia de *Relatos de selva*, una página web transmedia y una serie radial (CNMH, s. f.). Al decir de las propias víctimas participantes, este esfuerzo tuvo un efecto simbólico reparador para ellas y ofreció a la sociedad la oportunidad de comprender la experiencia del secuestro en el día a día desde la intimidad de quien lo padeció.

Para completar este esfuerzo por visibilizar la resiliencia de las víctimas de secuestro, y a su vez la infamia de esta modalidad de violencia, el Grupo Regional de Memoria Histórica de Eafit, con la coordinación de la profesora Gloria María Gallego, lanzará un informe sobre el secuestro en Antioquia en unos meses.

Muchos de los hilos que se dibujan en todas estas memorias, se retoman ahora en este segundo esfuerzo que reconstruye tres historias de vida de hombres empresarios que fueron secuestrados en Bogotá: uno de ellos fue víctima del M-19 en 1978 y fue retenido en una infame “cárcel del pueblo”. Para esta época este grupo era esencialmente urbano e incursionó profundamente en el secuestro, a tal punto que llegó a ser su principal autor: entre 1970 y 1989 fue responsable de 557 casos (CNMH, 2013, página 29).

Los otros dos protagonistas del libro sufrieron el secuestro en 2002 y estuvieron en poder del Frente 51 las FARC, también conocido como Jaime Pardo Leal; surgió en la década de los noventa en el marco de la expansión del Bloque Oriental. Ocupaba principalmente el suroriente del departamento de Cundinamarca (Gutiérrez, Guayabetal, Fosca, Cáqueza, Ubaque) y alcanzaba a tener influencia en el municipio de La Calera (Vicepresidencia de la República, 2001).

¿Qué huellas dejó la experiencia del secuestro en estas tres personas? ¿De dónde sacaron ellos la fuerza para seguir viviendo? ¿Cómo resistieron las humillaciones? ¿Cómo rehicieron sus vidas? ¿Quiénes son ellos hoy en día?

Las crónicas que se recogen en esta publicación responden a estas preguntas para ofrecer un mosaico de historias que permiten comprender cómo un secuestro marca muchas vidas: la de la víctima directa pero también la de sus familiares y amigos implicados en una negociación a todas luces perversa. Se trata nada más ni nada menos que ponerle precio a la vida de un ser querido transformado en mercancía.

En los tres relatos encontramos referencias a un saber envenenado: cada uno de los secuestrados tiene plena conciencia de que su vida pende de un hilo. Ante esa posibilidad y el miedo que la acompaña,

las víctimas buscan, cada una a su manera, resistir y conservar la cordura y la esperanza. Uno, proveniente de una tradición religiosa, construye con dos hilos rojos una cruz en el suelo de su cambuche la primera noche; otro, en medio de un mundo vertical y absolutamente asimétrico, encuentra en el juego de tejo o de ajedrez un nicho en el que mantiene una relación horizontal y ligera con sus captores; otro negocia mejores condiciones de vida aduciendo que muerto no les sirve de nada.

Existe además una diferencia marcada entre las dos víctimas que son mantenidas secuestradas en zonas rurales, y el que sobrevive a una mal llamada “cárcel del pueblo”. Los dos primeros encuentran en la naturaleza circundante, en los valles y los ríos y sus paisajes, un momento de solaz casi místico que los reconforta. Mientras, la víctima que sobrevive al encierro en una cárcel, no tiene más que la oscuridad y el silencio desolador que rodea una celda tallada en un sótano que se inunda.

En cada historia se dibujan apuntes de cómo los perpetradores hacían sentir su poder. No solo recordaban a la víctima, de tanto en tanto, que ellos tenían el poder supremo de decidir si vivía o moría, sino que le exigían que plasmara esas amenazas en cartas que se convertían en pruebas de supervivencia para sus familiares que angustiosamente buscaban, del “otro lado del espejo”, reunir las sumas exigidas por los captores.

De cuando en cuando, en las memorias aparecen referencias a las humillaciones infligidas. Para el secuestrado creyente, las risas, las burlas, las palabras soeces en un Viernes Santo no se olvidan; así como tampoco las restricciones de comida y de cigarrillos para quien manejaba su ansiedad fumando. Estas pequeñas torturas, calculadas, buscaban romper la resiliencia de las víctimas y hacerlas presionar a sus familiares para agilizar los pagos.

El hambre siempre ronda y en dos casos, las víctimas hacen clara referencia a las transformaciones que sufrieron sus cuerpos. Las largas marchas y la comida escasa dejan su impronta. Mientras uno de ellos perdió veinte kilos, el otro afirma con precisión que, en su caso, fueron diecisiete.

En sus recuentos, las víctimas también hacen referencia a la dificultad, en las primeras semanas del retorno, a encajar de nuevo en una vida en familia, con acceso a luz, agua, una cama, una mesa, y comida a satisfacción. Regresan desorientados, sin saber cómo moverse en un mundo que dejó por un tiempo de serles familiar. Atravesar una calle parece un desafío insoportable que confronta a uno de ellos a lo perdido durante los meses de cautiverio y abre una compuerta para que, ante esos carros y esa vía extraña, lllore desconsolado.

Reconociendo que sobrevivieron a experiencias traumáticas, las tres víctimas optan por el silencio.

¿Cómo hablar con sus seres queridos de la indignidad de esas semanas sin romperse de nuevo? Por eso, en todos los casos las entrevistas se hacen sin otros testigos, resguardadas sobre todo de la mirada de familiares y cercanos. Recordar, sí, pero no frente a quienes, como un espejo, pueden revivir cuando escuchan en estas memorias, las dimensiones del infierno padecido.

De todo este conjunto de voces surge sin duda una impugnación a los discursos usados por los responsables para justificar una práctica tan denigrante como esta. Estas memorias corren el velo y permiten trazar una línea roja ante aquellas conductas que no pueden volver a suceder porque degradan no solo a la víctima sino también a los perpetradores y a la sociedad en general.

María Emma Wills

PERDONAR PARA SEGUIR VIVIENDO

POR: DEYSA RAYO

Tenía 26 años y se enteró por una llamada. Del otro lado de la línea –teléfono gris de disco, cable en espiral, 3 de marzo de 1978, a solo tres meses de la elección de Julio César Turbay como presidente de Colombia– la voz sonaba urgente.

–Nos da la impresión de que su papá pudo haber sido secuestrado.

Luis Martín de Germán Ribón se quedó helado, sin saber cómo reaccionar. Su padre, ex embajador y pionero de la floricultura en Colombia, había acudido a una cita de negocios que tenía en Bogotá.

–Lo bajaron del carro a la fuerza –siguió la voz de la llamada– y lo golpearon con la cacha de un revólver. Finalmente lo arrastraron y se lo llevaron.

Luis Martín es alto, canoso y bronceado. También es sobrio y elegante. No está acostumbrado a los

micrófonos, dice, por eso prefiere ser prudente. Parece tímido detrás de su voz profunda. Habla poco y no se extiende. Aquella llamada la recibió hace cuatro décadas, pero aún le cuesta mucho hablar de ella.

Hoy, con 66 años, tres hijos y una nieta, desde una de sus amplias oficinas al norte de la capital colombiana y detrás de una mesa de madera, decide romper el silencio, aunque serio, hace un esfuerzo por ser preciso en medio de sus recuerdos dolorosos.

Su padre, Miguel de Germán Ribón, amante del campo, las flores y la belleza, apasionado de su empresa Flores La Conchita, marca líder del negocio de las flores de exportación en el país, estuvo seis meses cautivo.

Durante aquellos días Luis Martín estaba solo y su madre desconsolada, su hermano menor estaba en el extranjero, así que, pasada la primera impresión amarga y aguda, se reunió con algunos amigos de su padre y tomó las riendas de la negociación.

—Me aconsejaron que hablara con el F2 de la Policía, que en esa época dirigía un General. Tuve un buen entendimiento con él. Como funcionario se portó bien, fue muy colaborador. Nos contaba a su manera, qué creía que debíamos hacer. Pero también tuvimos asesoría de amigos y de gente especializada.

Evidentemente la cosa era complicada.

Según se estableció después del secuestro, integrantes del grupo insurgente Tupamaros, originarios del sur del continente, secuestraron a don Miguel de Germán Ribón y se lo vendieron al mes al grupo guerrillero M-19, que durante esa década financiaba sus acciones sobre todo con el plagio de empresarios. A muchos los mantenían en cautiverio en la llamada “Cárcel del pueblo”. Cuenta Luis Martín que allí encerraron a su padre.

—Se supo después que estaba en una casa, como cualquier otra de un barrio de clase media de Bogotá, de dos o tres pisos. Adentro cavaron un sótano y organizaron como ocho o diez celdas individuales estrechas, donde cabía un camarote a lo largo que tenía unos travesaños por debajo. Desembocaban en un corredor central —dice—. En ese pasillo podían salir a caminar los secuestrados. Por una lucarna entraba algo de luz y aire.

En ese mismo lugar había sido asesinado dos años atrás José Raquel Mercado, presidente de la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), luego de haber estado 64 días en cautiverio. Su cuerpo, aún tibio y ejecutado de dos balazos según los reportes de la época, fue encontrado el 6 de abril de 1976 envuelto en una manta en el sector del Parque El Salitre, en Bogotá. Ese mismo día el M-19 anunció que el líder sindical había sido condenado

a muerte por un “tribunal del pueblo”. ¿La razón? Traicionar las luchas por la reivindicación de los derechos de los obreros.

Ese mismo 1978, año de elecciones legislativas y presidenciales, el país miraría la televisión en blanco y negro hasta diciembre, días antes del famoso asalto armado del M-19 a las instalaciones del Cantón Norte del Ejército en el que sustrajeron, según el dato de las mismas autoridades, 4.076 armas.

Don Miguel de Germán Ribón estuvo cautivo desde marzo hasta septiembre de ese año; temía por su vida.

Se piensa por lo general en el sufrimiento de los secuestrados, aunque sus familiares cercanos también padecen trastornos y fracturas emocionales importantes.

—Mi papá decía que el primer mes, en una celda improvisada, fue terrible porque las instalaciones que tenían eran pésimas. Llovía y su celda se inundaba. Entonces, cuenta él que les decía a los secuestradores: “Miren, si ustedes quieren sacar algo de esto me tienen que mantener con vida. No puedo tener esto de agua debajo de mi cama todos los días porque me voy a enfermar y morir”. Y obviamente era una tortura para nosotros recibir esas cartas horribles del puño y letra de mi papá, en las que nos decía: “Mis queridos, sáquenme de aquí porque

me voy a morir” o “me están amenazando cercenar un dedo o la oreja o con matarme”.



El reloj marca las diez. Es una mañana brumosa de un martes de agosto. Año 2018. Viajamos hacia la hacienda La Conchita, a dos kilómetros de Bojacá, un municipio al oriente de Cundinamarca: una sabana verde y fértil donde ha transcurrido gran parte de la vida de Luis Martín. Fue aquí donde su padre decidió echar raíces, se casó con su madre, una francesa, en 1948, y donde Luis Martín y su hermano vivieron su infancia.

—Él llegó aquí en 1941. Era colombiano de nacimiento, pero había crecido en París y cuando estalló la Segunda Guerra Mundial su madre decide enviarlo a Colombia, y se vino para administrar la finca familiar.

Luis Martín nos guía en medio de los invernaderos. Camina rápido, viste chaleco, pantalón caqui, un sombrero que lo protege del sol sabanero cuando se vuelve inclemente, y unas botas pantaneras con las que recorre a grandes zancadas los cultivos de flores que se extienden a lo largo de la tierra que lo vio crecer y a la que tanto quiere, la del olor a leche fresca y a boñiga de vaca, la del rocío que le refresca la memoria.

—Mi hermano y yo íbamos al Liceo Francés y salíamos a las seis de la mañana en un Jeep Willys. Allí se montaban los huacales con las primeras flores: recuerdo que eran *delphiniums* y alelís. De vez en cuando salíamos tarde porque no habían alcanzado a cortar todas las flores —nos cuenta mientras sus ojos se llenan de pasado entre el multicolor cultivo que crece bajo el invernadero—. La suya es una vida sembrada a fuerza de disciplina y cariño.

Luis Martín estudió Economía en la Universidad de los Andes y se especializó en Administración. Desde muy joven se involucró en los negocios familiares. Ese ha sido su único trabajo, y desde siempre su gran pasión.

La vida pocas veces ha permitido que esta metáfora sea más justa: ha acariciado la suavidad de los pétalos de las rosas, pero también ha tenido que sangrar con las espinas de sus tallos. El secuestro de su viejo, la más dura.

Empieza a hacer frío en La Conchita. Los trabajadores de la finca saludan a su paso a Luis Martín, quien nos lleva a la planta donde se empacan las flores que serán exportadas. Los empleados de Flores La Conchita parecen no sentir el frío. Están concentrados, cada uno se desempeña en su labor de manera eficiente. Son más de quinientas personas las que trabajan en esta empresa, que desde hace medio siglo ha marcado el camino del negocio de

las flores en Colombia. Una historia que nació en 1959, cuando don Miguel de Germán Ribón funda la floristería Rosas Don Eloy y en 1966 el cultivo de exportación Flores La Conchita.

—Él siempre había tenido la inquietud de poder sembrar flores para exportar y después, eventualmente, salir de lo que significaban la ganadería y la agricultura tradicional. Había montado la primera tienda Don Eloy en la calle 28 —recuerda Luis Martín mientras nos muestra una caja llena de hermosas rosas blancas, una de las 47 variedades que hoy exporta a mercados internacionales de Estados Unidos y Chile.

Así nació *Rosas Don Eloy*, una de las floristerías de mayor raigambre y prestigio en el país. Actualmente es una corporación integrada por trece sedes en Bogotá, Medellín y Cali, además de la venta por Internet desde hace unos quince años, con una línea de eventos. Forma parte de una agroindustria que permite que el 86 por ciento de las flores que se exportan sean de procedencia colombiana, con las rosas a la cabeza. El nombre Don Eloy es un reconocimiento al entonces secretario general de la Expedición Botánica, Eloy Valenzuela y Mantilla, pariente lejano de la familia de Germán Ribón.

Esta compañía privada ha logrado imprimir desarrollo y sostenibilidad entre las familias de

sus trabajadores, como es el caso de la hoy jefa de Control de Calidad, una mujer de entera confianza para Luis Martín de Germán Ribón. Ella lleva 36 años trabajando a su lado.

Ella califica a Luis Martín como un jefe estricto y disciplinado: “Yo la verdad tengo solo agradecimientos para esta compañía, porque en este tiempo que llevo acá he logrado muchas cosas a nivel personal y familiar, en este momento tengo mi casa y tengo a mis hijas, que van a ser profesionales, y pues todo lo que yo he hecho ha sido en esta compañía”, concluye, mirando directo a los ojos de su jefe. Él le devuelve una leve sonrisa, circunspecto, con elegancia, con su manera callada y prudente.

Su padre, Miguel de Germán Ribón, cuentan todos, sí era en cambio un hombre extrovertido y de muchos amigos, el típico relacionista público. Había sido concejal de Bojacá por veinte años, era un hombre altruista de temperamento fuerte, cercano al poder desde que el presidente Misael Pastrana lo nombrara en 1973 embajador de Colombia en Francia. Un hombre visible para el país, atractivo para los secuestradores de la guerrilla.

Con el rapto de su padre, a Luis Martín le tocó entender que lo primero que debía hacer era exigir pruebas de supervivencia. Para ello formularon, durante los intercambios iniciales, preguntas que

solo don Miguel podía responder. Por ejemplo: ¿Cuál era el color del vestido favorito de la abuela? Si la respuesta era acertada, entonces continuaban las negociaciones.

—Eso influye en la psiquis de cualquier persona. Obviamente la negociación es muy ardua. Hay momentos en que el negociador que está del otro lado del teléfono - Florentino era su alias - te insulta y te amenaza.

Según cifras del Centro Nacional de Memoria Histórica, entre 1970 y 2010 fueron secuestradas en Colombia 39.058 personas. Una de ellas: don Miguel de Germán Ribón.

Luis Martín asumió, como cabeza de su familia, la responsabilidad de las negociaciones. Se nombró un negociador que, junto con el comité de crisis, acordaron horarios precisos para las llamadas y también la forma cómo se comunicarían. Los otros siempre tenían que traer una prueba de supervivencia. La rutina y el orden era la forma de proceder ante quienes amenazaban con quitarle la vida a uno de sus seres amados.

—El desasosiego y la intranquilidad que producen esas negociaciones son constantes —cuenta Luis Martín—. Mi vida estuvo únicamente dedicada a ello durante aquellos seis meses, aunque uno aprende a entender que debe seguir sus días con la mayor

normalidad posible, y yo ponía esos contactos como cualquier otra cita importante de negocios.

Ante el abismo de perder a su padre, dice, la clave estuvo en lograr que la contraparte estuviera dispuesta a aceptar un sistema de reglas de juego y entender que la oferta era seria.

Mientras Luis Martín procuraba pactar la liberación de su padre, don Miguel sufría la tortura del paso de las semanas en medio del miedo y el tedio: "El tiempo era horriblemente largo, eran días y días, pasaba un día y venía otro", contó posteriormente a su liberación.

Nunca hubo otro secuestrado con quien conversar. Solo hablaba con el carcelero. El paso lento del reloj, la espera infinita, el silencio perturbador y la soledad sofocante compusieron su agonía.

—Sí, porque no tienes distracciones, salvo la lectura. Simplemente te despiertas y, pues, me imagino, te echas una siesta hasta que el carcelero te vuelva a traer la comida. El desayuno, después unas medias nueves, después el almuerzo y nadie con quién conversar. Mi papá era una persona que siempre se despertaba temprano; imagino al pobre despierto desde las cinco de la mañana hasta, no sé, las siete de la noche, cuando apagaban todas las luces y a dormir a la fuerza, ¿no?

Durante el cautiverio, cuenta su hijo, a don Miguel le permitieron fumar, pero cuando los plagiarios del M-19 se molestaban por algún desencuentro en las negociaciones se lo hacían sentir, entonces quedaba castigado. No solo no le daban cigarrillos para saciar su ansiedad, sino que lo privaban de alimentos, como la galleta de las onces.

—Era una tortura psicológica adicional a la que significa estar secuestrado, que de paso me parece uno de los actos delictivos más horribles que se puede cometer contra una persona: mantenerla en cautiverio contra su voluntad, aislado de la familia.

Los intercambios y negociaciones tuvieron altos y bajos, recuerda. Hasta que al quinto mes se perdió la comunicación con los secuestradores.

—Fueron días duros, oscuros, no se sabía nada. ¿Lo matarían, habrá comido, podrá comer, estará sano? Mi madre estaba acabada —recuerda Luis Martín—.

En la oscuridad que envuelve todo secuestro, la única luz que espanta el miedo es la posibilidad de la liberación, que en muchos casos puede ser intermitente, pero que don Miguel mantuvo encendida hasta el final.

—Él nos decía que nunca perdió esa esperanza. Yo salgo de aquí porque sí. Mi familia va a lograr que me liberen, pensaba.

Al principio del sexto mes retomaron contacto y Luis Martín logró reanudar la confianza de los plagiarios mientras los “metía en cintura”.

—En ese momento accedieron a lo que habíamos planteado desde antes y dijeron: “¡Bueno, queremos salir de esto ya!”.

Seis meses exactos después de su secuestro, en septiembre de 1978, el diario *El Tiempo* recogía en un titular la noticia que regocijó a su familia: “Liberado Miguel de Germán Ribón. Millonario rescate pagaron por el ex diplomático”.

—Fue un día de alegría, de volver a encontrarse, de querer aprovechar el tiempo. No sé en qué momento uno se priva de estrechar más nuestras relaciones familiares, que uno cree que son las normales de todos los días, pero que no aprovechamos —reflexiona hoy Luis Martín, sereno. Y sigue: —uno tiene que vivir la vida más intensamente, ¿no? Hay que vivirla más de cerca, uno tiene que estar más con las personas, con la familia.

Y eso fue lo que hizo después del secuestro que sacudió a todo su entorno y les partió la vida en dos, los cambió, los redefinió, pero los fortaleció y no los espantó.

Luis Martín y los suyos se volvieron más precavidos, más reservados, pero él decidió quedarse en Colombia,

al igual que su padre, para seguir construyendo país desde su empresa, eso que llaman “sembrar futuro”.

Miguel de Germán Ribón llegó a gozar de mucho tiempo para ver el crecimiento de la que fuera su empresa. Le cedió las riendas a Luis Martín en 1981 y falleció en 2014, a sus 94 años, luego de luchar intensamente contra un cáncer en la etapa final de su vida.

Luis Martín se casó dos años después de la liberación de don Miguel de Germán Ribón y, al igual que su padre, llegó a ser concejal de Bojacá. También formó parte de la junta directiva de Asocolflores por más de treinta años, y fue su presidente durante tres años. La astilla más fuerte del palo.

Y como de todo tallo nacen flores, del suyo salieron tres hijos. Una de ellas, la menor, de quien prefieren resguardar el nombre por la honda huella que dejó aquel rapto de hace cuatro décadas, también trabaja en la empresa.

—Mi papá es una persona fantástica, muy dedicada a la familia, muy seria, él ha sido el líder y siempre ha estado a la cabeza del grupo empresarial —dice—.

Esta flor de su padre es economista, cursó estudios de Relaciones Internacionales y tiene un máster en Administración de Empresas. Cuenta que ella también huye de los micrófonos, y que a pesar de

no haber nacido aún mientras su abuelo estuvo en cautiverio, las secuelas de aquel hecho aún persisten. Al principio estuvo reacia a conversar, pero luego las lágrimas rodaron por su rostro.

—No sé tanto cómo lo recuerden porque no es un tema del que se hable en la familia; más bien es un tema tabú, no es algo que se comente tranquilamente. Mi papá todavía sigue siendo una persona muy precavida. Con muchas cosas, como los nombres de ciertos sitios, todavía los habla como en códigos. De chiquita recuerdo que no se podía hablar de dónde estaba uno, adónde iba.

Esta chica fue a estudiar al exterior siendo apenas una adolescente, y terminó viviendo fuera de Colombia por 16 años.

—Me fui por querer salir del país —dice—. Iba a ir un año, pero mi papá me vio tan bien y estuvo tan tranquilo ese año conmigo por fuera, que me pidió que me quedara y estudiara allá. Él siempre ha asumido esa carga, esa responsabilidad de que todo el mundo esté bien y seguro. Al yo irme fue como una persona menos para preocuparse por esos temas particulares.

La sombra del secuestro del abuelo paterno fue una imagen constante y silenciosa para los tres hijos de Luis Martín. Eso, de forma invariable, los privó de algunos placeres sencillos.

– Lo que me ha gustado de mi regreso es que me siento más cómoda; no tengo esa angustia que de chiquita sí tuve. No te diría que camino como sí hago en otras ciudades, de pronto más seguras, pero sí camino todos los días, y me gusta y lo disfruto, este país ha cambiado.

– Cuando uno mira hacia atrás y ve una empresa familiar que ha logrado mantenerse por más de cincuenta años, surge de inmediato una gratitud inmensa hacia la gente que ha colaborado con nosotros –dice Luis Martín mientras caminamos hacia la puerta–. Y por otro lado uno sabe que ha logrado llevar el sueldo a cantidades de personas que han pasado por la organización, y ellas han podido sostener sus hogares y criar hijos gracias a nosotros. Yo creo que en la medida en que el país logre crecer y fomentar la creación de empresas, mejor será la situación en el futuro.

– ¿Y uno perdona? –le pregunto a bocajarro justo antes de concluir nuestra visita.

En ese momento, cuando hago la pregunta, estoy consciente de que Luis Martín ha tocado antes la mesa de madera como símbolo de agradecimiento y buena suerte, porque allegados a su familia, como el que fuera gerente general de la Texas Petroleum Company y presidente de la junta directiva del Banco de Colombia, quien perdió la vida en una operación de rescate.

—¿Que si uno perdona? Pues sí, yo creo que el mismo Proceso de Paz es un esfuerzo para poder estar nosotros en una sociedad que sea vivible. Es necesario perdonar para poder seguir viviendo, pero uno no olvida y uno no puede aceptar lo que ocurrió, ¿no? Uno como persona, pues para poder vivir consigo mismo tiene que perdonar muchas cosas, así sean horribles, como ésta. Pero como sociedad no se puede aceptar que eso sea perdonado.

LA HUELLA DEL ENCIERRO

POR: MARÍA ALEXANDRA CABRERA



Ricardo. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

Parecía ser un día como cualquier otro. Era miércoles, 20 de febrero de 2002, cinco y media de la mañana. Hacía frío. Desde la noche anterior todo estaba planeado: ir a la fábrica por la mañana y en la tarde dar una charla en la Cámara de Comercio de Bogotá sobre la certificación ISO 9000 que había recibido la empresa. Ricardo estaba en el garaje de su casa cuando un ruido seco lo sobresaltó. Sin saber cómo, la caja del pequeño rosario que siempre cargaba en la chaqueta se estrelló contra el piso. La tapa se rajó en dos. En ese momento supo que algo sucedería. De prisa guardó el rosario y la caja rota en el bolsillo y salió para la fábrica. Una hora después su vida cambiaría para siempre.



Ricardo nació en Socorro (Santander), el quince de julio de 1952. Es hijo de un cundinamarqués conservador, suboficial del Ejército, y, de una santandereana liberal, quienes le enseñaron a él y a sus tres hermanos (un hombre y dos mujeres) que el amor es capaz de vencer las diferencias. Ricardo creció en una casa amplia que olía a fogón de leña y cuyas paredes reflejaban la luz tenue de las velas que encendían cada vez que el sol se ocultaba.

Pero el recuerdo más profundo de esa época lo lleva en el cuerpo desde hace sesenta y seis años. Una mañana, mientras gateaba persiguiendo a su hermano mayor

por el patio de la casa, donde las matas de café compartían espacio con hachas y machetes, la mano derecha rozó la punta filosa de un hacha que le cortó la falange del meñique. El café y la ceniza que le echaron para cicatrizar la herida no sirvieron de nada. Cuando llegó a la clínica, el médico decidió cortar otro pedazo de dedo para evitar la gangrena. “Me cortó abajo y emparejó, por eso quedó una herida bien hecha”, dice mientras sonríe al evocar lo sucedido.

Cuando cumplió cuatro años el Ejército trasladó a su papá a Bogotá. Luego de viajar unas ocho horas en tren llegaron a una capital fría y gris. Los esperaba una casa de dos pisos en el barrio Muzú, al sur de la ciudad.



A las seis de la mañana llegó a las ladrilleras Yomasa y Helios, en las montañas de Usme. La rutina arrancó como siempre. Estaba dando una ronda en el carro, y comunicándose con las plantas de la empresa cuando un muchacho se le atravesó en una bicicleta. Pensó que era alguno de los trescientos veinte empleados de la fábrica y que, como balanceaba el cuerpo de un lado para el otro, seguramente estaba borracho. Preocupado, detuvo el carro inmediatamente.

Entonces todo pareció suceder a la velocidad de la luz. Un hombre salió por la derecha y otros dos por la izquierda. El muchacho de la bicicleta se paró

erguido y sacó un revólver. Los otros mostraron las pistolas que sostenían en las manos. Ricardo había caído en una trampa sin salida. “¿Quieren el carro?”, les dijo. “No, lo queremos a usted”, escuchó. Intentó escapar, pero era imposible. Entonces escuchó la fatídica sentencia: “Usted, gran hijueputa, no vale ni mierda muerto”. En ese momento entendió que no tenía otra opción. Aunque en el pasado había dicho mil veces que prefería estar muerto antes que secuestrado, decidió hacer caso. Si quería vivir; tenía que obedecer.



Aunque los recuerdos de la infancia quedaron difuminados en el tiempo, hay momentos vívidos que permanecen en su memoria: el viaje que su padre hizo durante seis meses a Egipto para unirse a los Boinas Azules, el día en que la familia volvió a estar reunida, la escopeta de balines con la que él y sus hermanos se la pasaban jugando, la vecina que le llevaba cinco años y de la que se enamoró por primera vez, y su paso por el seminario.

Ricardo estaba convencido de que sería cura. Leyendo la historia de San Francisco, San Ignacio y Santa Teresa, comenzó a soñar con una vida tranquila, llena de recogimiento y espiritualidad. Sus padres lo apoyaron, le compraron su primera Biblia y, a los catorce años, entró al Seminario menor San Pedro Claver en Zipaquirá, regentado por los jesuitas.

Estudió teología, dio clases de religión a niños de una vereda a la que llegaba después de un trayecto de una hora en bicicleta y se convirtió en el gerente de la tienda del lugar.

Era el encargado de manejar la plata y decidir cuántos bizcochos se compraban y cuántos litros de yogur o kumis necesitaban. “Yo calculaba cuándo había plata, cuándo tocaba comprar dulces, por eso me acostumbré desde chiquito a hacer cuentas”, dice mientras esboza una sonrisa. Fueron días felices. “Éramos sesenta alumnos y teníamos unos doce profesores curas y las clases eran espectaculares; por ejemplo, en la clase de física hasta lanzábamos cohetes”.

Otra de sus pasiones era el fútbol. Ricardo era un defensa feroz. Por la mañana entrenaba con el equipo y en la tarde jugaba. Además, era el responsable de cuidar los balones, que en ese entonces eran tejidos y de cuero. Así, en medio del fútbol y la religión, pasó una buena parte de la adolescencia. Hasta que a los diecinueve años se dio cuenta de que no tenía vocación ni disciplina religiosa y se retiró. Sin embargo, los años en el seminario le enseñaron que tenía talento para la gerencia. Se graduó del colegio San Bartolomé, entró a estudiar administración de empresas en la Universidad Javeriana y abandonó la idea de ser cura para siempre.



Ricardo. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

Lo sentaron atrás, en medio de dos hombres, y con la bayetilla roja del carro le taparon los ojos. Recordó que esa mañana la caja del rosario se había roto, dejándole en el cuerpo un mal presentimiento, pero jamás se le pasó por la cabeza pensar en un secuestro. Nunca había recibido amenazas, sustos ni advertencias. Pero entonces la memoria, que estaba revuelta, lo devolvió seis meses atrás, cuando un amigo astrólogo, viendo su carta natal, le aseguró que lo iban a secuestrar. Un veredicto espeluznante al que decidió no hacerle caso. A fin de cuentas,

podía ser una predicción facilista en un país donde secuestraba a más de tres mil personas al año. Pero los astros, lamentablemente, no se equivocaron.

A pesar de la angustia, decidió concentrarse en los sonidos, en los olores y en las curvas del camino para tratar de averiguar hacia dónde lo llevaban. Nada, los sentidos no arrojaban respuestas precisas. Luego de unos veinte minutos lo bajaron y le quitaron la bayetilla de los ojos. Como si fuera un amuleto, la guardó rápido en el bolsillo de la chaqueta.

Sin darle explicaciones lo metieron un rato en una cueva que estaba en medio del monte. Sintió un frío doloroso que se le metía en los huesos. Luego regresaron al carro y anduvieron otros treinta minutos hasta que la máquina no respondió más. Lo bajaron de nuevo y vio una escena que le devolvió la esperanza: unos cuarenta campesinos estaban sembrando y recogiendo papa. “Yo dije: ¡me salvé! Pero ninguno hizo nada”. Tal vez estaban paralizados por el miedo.

Con una sed salvaje caminó por el monte hasta llegar a una pequeña casa que olía a carne asada. Pidió agua, pero no tenían. Solo había gaseosas y él llevaba años sin probarlas; había dejado el azúcar y decidió no arriesgarse. Le dieron dos papas saladas. Fue todo lo que comió.



De la Universidad Javeriana se retiró en mitad de la carrera para terminar sus estudios en administración con énfasis en mercadeo en el Florida Institute of Technology de Melbourne (Florida), donde también realizó cursos de posgrados en mercadeo. Cuando regresó al país, trabajó en la empresa Unimaq, dueña de máquinas industriales, de una constructora de obras públicas y de empresas fabricantes de plantas de cemento. Después entró al Ministerio de Desarrollo durante los gobiernos de Julio César Turbay y Belisario Betancur y, posteriormente, ingresó a Corona para asumir el puesto de gerente de mercadeo de Grival. A los treinta y un años se casó con Patricia, una comunicadora social de la Universidad Javeriana con quien tiene dos hijas.

Su matrimonio fue una ceremonia *sui generis* realizada por cinco curas jesuitas amigos de la familia. “A nosotros nos casaron cinco curas y como diez generales, porque mi esposa es hija de un general; entonces el día del matrimonio, eso fue: ¡Mi general, mi general, mi general!”, recuerda con alegría. Patricia ha sido su cómplice y compañera ideal. Ricardo asegura que los treinta y cinco años que llevan juntos solo le han traído felicidad.

Llevaba dos años de casado cuando su padre le pidió que se involucrara más en los procesos de la empresa. Aunque Ricardo iba todos los sábados a la ladrillera, había llegado el momento de tomar

las riendas del negocio. Tenía tan solo treinta y tres años cuando se convirtió en el gerente de Yomasa, una empresa que ha hecho crecer a punta de visión y esfuerzo. Pero, lamentablemente, el perfil de empresario exitoso con que muchos lo etiquetaban, lo convirtió en una carnada muy deseada en un país que se acostumbró a vivir en medio del conflicto.



Denario de Ricardo. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde



Lo subieron a una camioneta que iba repleta de guerrilleros. Los cuatro que lo secuestraron iban adelante, él atrás, al lado de la ventana. Les rogó que lo dejaran en el medio para sentirse más protegido, en caso de que hubiera una balacera. Pero le contestaron en coro: "Tranquilo cucho". Desde ese momento lo llamaron así.

Pasaron por varios retenes de la guerrilla. Mientras lo hacían, los cuatro hombres fueron cambiándose la ropa de civil hasta quedar vestidos con el uniforme camuflado de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Los revólveres los cambiaron por fusiles. Luego de una hora de recorrido llegaron a un pueblo de Cundinamarca³. El pueblo, que queda a tres horas de Bogotá, olía a pan fresco. Dentro de la camioneta lo pasearon por la plaza principal, como si estuvieran exhibiendo un trofeo. Luego lo botaron a la salida del pueblo. Parado sobre una placa de cemento del acueducto y sintiendo una tremenda impotencia, vio cómo se fueron acercando dos hombres a caballo.

—Oiga y usted, ¿no trajo chaqueta?", —lo cuestionó uno.

—¿Cómo se le ocurre?, si me hubieran dicho que me iban a secuestrar yo me traigo una chaqueta buena,

3 En el año 2000 las FARC tenían más de mil guerrilleros en Cundinamarca. Según datos de País Libre, en 15 meses, entre 1999 y 2002, se registraron 135 secuestros en el departamento. En toda Colombia, solo en 2002, las FARC ejecutaron más de 3.300 secuestros.

—respondió con ironía.

—¿Cuánto calza?

—Cuarenta y tres o cuarenta y cuatro —les contestó.

—¡No mijo, nosotros aquí no tenemos de esas botas!

A las cinco de la tarde, después de casi doce horas de secuestro, lo montaron en una mula. El campamento estaba en la cima de una montaña repleta de frailejones. El viento era helado. Lo primero que vio, luego de una hora de camino, fueron unos planos y un montón de ametralladoras rusas. Luego apareció un hombre de unos cuarenta y cinco años, bajito, con la nariz aguileña y un bigote prolijo y delgado. Era Chucho, el jefe del Frente 51 de las FARC, responsable de su secuestro⁴.

—Oiga, usted es un empresario y dizque tiene fábricas de ladrillo, —le dijo con soberbia.

—Pues sí tengo, pero no soy el dueño, —contestó Ricardo. En ese momento tenía que tener la cabeza fría. Pero Chucho volvió a tentarlo.

—Y usted, ¿por qué es tan amigo de los del Gaula?

4 El Frente 51 de las FARC, también conocido como Frente Jaime Pardo Leal, hizo parte del bloque Oriental de las FARC liderado por Jorge Briceño, alias *El Mono Jojoy*, que se fortaleció durante 40 años gracias al secuestro, el narcotráfico, las extorsiones y el cobro de impuestos a la minería ilegal, hasta llegar a ocupar el 55 por ciento del territorio nacional. El Frente 51 estaba compuesto por ochenta guerrilleros y concentró su operación en el departamento de Cundinamarca.

—¿De los del Gaula?, —contestó sorprendido.

—Sí, después de que lo secuestraron ellos hicieron un operativo, —le respondió.

Era pura carreta, una estrategia de Chucho para sacarle información. Ricardo lo sabía y no se comió el cuento. Como la noche empezaba a caer lo llevaron a una carpa húmeda, con piso de paja, le entregaron tres cobijas cortas y lo dejaron al lado de otro secuestrado. Ricardo no lo saludó, creyó que podía ser un infiltrado de la guerrilla y decidió no musitar palabra. Con una angustia tremenda pensó en su esposa y sus dos hijas, en los días que le esperaban. Sacó la bayetilla que había guardado en el bolsillo, y que después le serviría de pañuelo, quitó dos hilos rojos y formó una cruz diminuta en el suelo. En medio de la tragedia ese símbolo lo hacía sentir protegido. Luego se entregó a la noche más fría y dolorosa de su vida.



Con algunos ahorros y el dinero de la liquidación que había recibido al retirarse del Ejército, su papá, Alberto Díaz, decidió fundar con un tío y dos socios la Ladrillera Yomasa en 1957. La empresa se construyó justo al lado de la Ladrillera Helios, creada por Heliodoro Carrillo en 1953. Heliodoro era amigo de su padre desde la infancia, pues ambos crecieron en Gutiérrez (Cundinamarca), por lo que fue la amistad

y la confianza la que unió a las dos empresas. “Helios iba más adelantada que Yomasa, pero como eran amigos pues nunca se vieron como competidores sino como familia”, explica con voz cálida.

Ricardo recuerda que en ese tiempo no había máquinas y que todo el ladrillo que se producía se molía a mano. Una burra coja llamada Gerbacia se encargaba de la parte más dura del proceso: caminar en círculo mientras le daba vueltas a un barril de madera que enterraban en la tierra. Esa arcilla que molía Gerbacia con paciencia, la recogían los trabajadores para meterla en moldes de madera que tapaban con latas para que la arcilla no se mojara antes de pasarla a un horno muy precario. Así salían, uno a uno, los ladrillos. Un par de años después, llegaron algunas máquinas para procesar de manera industrial la arcilla.

Poco a poco ambas compañías fueron creciendo como empresas hermanas. Ricardo asegura que hoy Helios y Yomasa comparten las gerencias y el departamento comercial, pero no el área administrativa, los títulos mineros ni los clientes, creando una inteligente sinergia que les ha permitido ahorrar costos y fluir en sana competencia. En 2001, después de que los Carrillo sufrieran el secuestro de cuatro familiares, ambas ladrilleras acordaron que, desde enero de 2002, Ricardo sería el gerente de Helios y Yomasa. A los cuarenta días de estar en el cargo, lo secuestraron.



—¡Gran hijueputas a levantarse! ¡A comer y si no los blanqueo!", —les gritó Édgar, un guerrillero de veinte años, flaco y con la cara llena de pecas. En la carpa se había formado una delgada capa de hielo. Sintiendo el frío del páramo, el rugir del viento y la violencia de sus captores, comenzó el segundo día de secuestro. Para que tuviera dónde recibir la comida que les servían cinco veces al día, le entregaron lo que los guerrilleros llamaban "vajilla": una cuchara oxidada y una olla vieja marcada con decenas de nombres: Margarita, Gonzalo, Pedro... personas que, como él, habían sido secuestradas. En esa olla vieja le sirvieron, durante noventa días, un menú creado para enemigos. Mientras los guerrilleros se alimentaban con trucha, carne fresca y pan blando recién salido del horno, los secuestrados comían cancharinas fritas (hechas con harina de trigo), frijoles con arroz y pasta, sopas de paquete saladas que mezclaban con cuchuco y un agua de panela negra y espesa.

Ese día, Chucho apareció de nuevo. Le dijo que en la guerrilla sabían que él tenía ocho fábricas, pero Ricardo le volvió a asegurar que no era así y se mantuvo tan firme como sus ladrillos. Para quitarse el estigma de ser empresario, hizo énfasis en su labor de profesor universitario, que venía desarrollando hacía doce años en el CESA (Colegio de Estudios Superiores de Administración) y en la Universidad del Rosario. "Me pusieron a dictarles

clase como una semana para probarme y ver si era cierto. Ellos me ponían el tema y yo les hablaba. Primer tema: ¿Por qué flota la tierra? Los tuve una hora explicándoles los astros, la rotación, la atracción, el sistema solar, la vía láctea, todas esas cosas. Después, ¿cómo explotan el petróleo en Colombia? Y les echaba la historia. Nos sentábamos en el suelo y con una ramita o una piedra hacía unos dibujitos en el piso, ese era mi papelógrafo”.

Al ver que Ricardo no vacilaba, Chucho cambió bruscamente el rumbo de la conversación y le ordenó con soberbia:

—Deme el teléfono de su señora pa’ hablar con ella.

—Yo estoy en muy malas relaciones con ella, ustedes la ponen a negociar y me deja aquí, —le aseguró con tranquilidad para proteger a su familia.

Una vez al mes, Ricardo visita la empresa. Llega a las siete de la mañana, da una vuelta en el carro, luego se baja y, lo primero que hace, es orar unos minutos frente a una gran estatua de la Virgen del Carmen que está al lado de la cocina. Después se pone un casco azul en la cabeza por normas de seguridad y recorre el lugar: la parte administrativa y contable, un inmenso taller donde hay tornos, prensas y máquinas de soldadura, y la zona de producción,

donde Helios genera nueve mil toneladas de ladrillos al mes y Yomasa tres mil para clientes en Colombia, Ecuador, México y Estados Unidos. Además, tienen en exhibición cuarenta referencias de ladrillos de distintas texturas y colores que han ido creando gracias a la experiencia y el conocimiento de la industria.

En la fábrica también hay un espacio dedicado a la germinación de plantas y flores. Allí hacen su propio abono y procesan los residuos orgánicos de la empresa, así como los que llevan los trabajadores de sus propias casas y los que genera un supermercado vecino. Para Ricardo es una forma de devolverle a la naturaleza lo que les ha entregado por más de sesenta años: toneladas de arcilla que extraen del corazón de la madre tierra.

En el área de producción hay tres retroexcavadoras, las cuales sacan tierra que agrupan en montañas de arcilla y que continuamente se riegan con aspersores de agua que hacen que las partículas no se dispersen en la atmósfera, sino que se concentren para que la materia prima permanezca húmeda. La arcilla se procesa en gigantescas máquinas industriales que envían el material directamente a los moldes de ladrillo. Cuando se secan van a alguno de los ocho hornos de la fábrica, que trabajan veinticuatro horas y queman unos veinticinco mil ladrillos diarios.



Ricardo. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

Estaban a cuatro mil quinientos metros de altura. Por las noches la temperatura podía bajar a menos cinco grados, hacía tanto frío que las gelatinas se dejaban a la intemperie para que cuajaran durante la noche. Respirar era un reto y la rutina era mordaz. Lo levantaban a las seis de la mañana y, por órdenes superiores, a las seis de la tarde ya tenía que estar dormido. A veces dormía solo, otras, con alguno de los diez secuestrados que estaban en ese cambuche. Todos eran empresarios. Había un inglés, el dueño de una recebera y un ganadero de ochenta

años que casi no podía moverse y en las noches deliraba preguntando dónde estaban sus gallinas y sus vacas.

Entre todos lo ayudaban. Uno dormía con él, otro le daba la comida y Ricardo se encargaba de acompañarlo al baño y de limpiarle la olla y la cuchara. "Yo también era el responsable de hablar con la guerrilla y negociar con el jefe de permisos para que nos dejaran salir a tomar el sol. Para que nos aburriéramos y soltáramos la plata rápido nos metían todo el día en una carpa húmeda. Nos tocaba dormir los pies de uno con la cabeza del otro". Además, todos los días tenía que escuchar a los diez guerrilleros que los cuidaban rendir honores, al estilo militar, a Jorge Briceño, alias *Mono Jojoy*.

Cuando tenían derecho a bañarse les daban un jabón azul rey y con la misma olla donde comían se echaban en el cuerpo, a punta de totumazos, el agua gélida de una quebrada. En una ocasión, llovió doce días seguidos en el páramo y no pudo bañarse durante todo ese tiempo. Para combatir el tedio, el hambre y la incomodidad meditaba varias veces al día y rezaba el rosario. En medio de la tragedia que envolvía la situación, podía encontrar momentos de paz. Sabía que en Bogotá sus familiares y amigos también estaban orando por él. "Las mañanas estaban llenas de pájaros, se oía la brisa y el ruido del agua... Era un sitio muy bonito, entonces estos locos me decían: 'Pero usted se queda ahí quieto una

hora y es como si usted no estuviera acá". Y así era. En esos momentos todo se olvidaba. Solo existía Dios y la belleza silenciosa de la naturaleza.

Después de meditar se la pasaba oyendo la música que sonaba en una pequeña radio que compartían entre todos, y limpiándose las lágrimas cada vez que escuchaba *Carito*, la canción de Carlos Vives que una de sus hijas se estaba aprendiendo días antes del secuestro. "Las pilas viejas que ellos botaban nosotros las recogíamos y las usábamos para que el radio funcionara. A veces sintonizábamos el programa *Las voces del secuestro*, pero yo era enemigo de oírlo porque me deprimía. No hacíamos más".

Otras veces, tenía que consagrarse a la inhumana labor de limpiar balas. "Sacaban la caja de balas y estaban como oxidándose, entonces el trabajo nuestra era secarlas con un trapo y tenerlas listas. Nos decían: 'Tienen que quedar brillantes'". Según sus cuentas, brilló unas quinientas balas. Uno de los episodios más crueles del secuestro lo vivió un Viernes Santo durante el sermón de las siete palabras. "Esa fue la primera y única vez que pusieron la radio a todo volumen. Durante el sermón, entre ellos se empezaron a gritar las peores vulgaridades, sabiendo que todos los que estábamos secuestrados éramos creyentes. Fueron tres horas en las que solo oímos las groserías más infames, fue lo más duro y deprimente que he visto en la vida", asegura con dolor.

Después de sesenta días de secuestro lo dejaron llamar, por primera vez, a su familia. “Entra la llamada y comienza el jefe de seguridad: ¡Este hijueputa está llamando al Gaula! ¡Este hijueputa no sé cuántas! ¡Este tal por cual no sé qué! Entonces mi cuñado pasó y me dijo: ‘Oiga, ¿voy al banco y pido el préstamo?’ Entonces le dije sí, o sea eso quiere decir ¡pague hermano!”.

Luego de un delicado y azaroso proceso de negociación, en el que su familia tuvo que comprobar que en efecto Ricardo estaba con vida, lo liberaron. En esos tres meses y dos mil ciento sesenta horas de cautiverio, usó el mismo pantalón que llevaba la mañana del secuestro, dos camisetas y dos pares de medias. Además, tuvo que cambiar doce veces de cambuche, pasar hambre, frío, sed y caminar durante horas por el páramo helado.

Eran las siete y media de la mañana del dieciocho de mayo de 2002 cuando le dieron a gritos la noticia.

—Usted se va ¡ya!

—Cómo así, ¿para dónde me van a llevar?, —les preguntó con angustia.

—Pues pa’ su casa, güevón. Pero venga, usted no puede llegar así vuelto mierda.

Le quitaron la barba espesa, lo afeitaron parcialmente y le cortaron el pelo. Con dos guerrilleros caminó

durante dos días por el páramo. Se alimentaron con un pedazo de panela que Ricardo había pedido permiso de llevar para el camino y el agua de los arroyos. Luego de una larga travesía por fin dejaron el monte. Ricardo volvía a ser un hombre libre.

Un carro con dos trabajadores de la empresa lo estaba esperando. Estaban a cuatro horas por tierra de Bogotá. En el camino a casa los detuvo el Ejército. En ese momento se enteró de que la guerrilla planeaba secuestrarlo de nuevo, pero Ricardo no cayó en la trampa. Con la protección del Ejército llegó a salvo a su hogar. Luego de un largo calvario volvió a sentir el amor de su familia. Después de meses de angustia y ansiedad, su esposa y sus hijas recuperaron la tranquilidad y la esperanza. “Me pegué un baño larguísimo, eso me escurría mugre, yo nunca había sentido tanta mugre y después del baño todavía me sentía sucio”, recuerda.

Esa noche durmió tranquilo. Al día siguiente lo vio un médico y comenzó su recuperación física, estaba anémico y flaquísimo, había perdido casi veinte kilos. Pero la huella más profunda le había quedado grabada en el alma. Retomar la rutina no fue fácil. Pensó en irse del país y hasta en renunciar a la empresa, pero los socios de ambas ladrilleras no lo permitieron. Entonces dejó de ir con tanta frecuencia a la fábrica de Usme y concentró sus actividades en la oficina de Bogotá.

Se volvió más precavido e introvertido, pero jamás perdió el sentido de la vida. “Yo tenía una frase que me repetía todo el tiempo: ‘Tienen mi cuerpo, pero no tienen ni mi mente ni mi alma’, y lo decía constantemente en mi interior”. Gracias a su fe, a las prácticas espirituales que lo marcaron en el seminario y a esa convicción de que formar empresa es necesario para el crecimiento del país, pudo enfrentar la que, sin duda, ha sido la prueba más dura de la vida.

Sin embargo, después de seis meses de haber sido liberado, la pesadilla regresó. Las FARC comenzaron a extorsionarlo para que les diera más dinero. Pero con la ayuda del Gaula, que lo entrenó para seguirles el juego en cada llamada, logró hacerles el quite durante ocho años. Luego del secuestro, por si fuera poco, tuvo que enfrentar un cáncer de próstata y una operación a corazón abierto. De ambas salió victorioso.



Aunque ser empresario en Colombia, un país marcado por el conflicto, no ha sido fácil, Ricardo le sigue apostando con orgullo a una empresa que les ha dado empleo a más de trescientas personas, que también se vieron afectadas por su secuestro. “El efecto en los empleados fue tremendo, demoledor, la inseguridad de los trabajadores era tenaz. Todos se preguntaban ¿a qué horas nos ponen una bomba?”.

Ricardo asegura haber perdonado a sus captores, pero no haber olvidado. “Lo más duro del secuestro es la impotencia que siente uno ante un hecho causado por otras personas, esa sensación de inseguridad y de ver que a cualquiera le puede pasar. Eso no se te olvida, eso te marca y en muchas cosas quedas marcado, yo sé que quedé marcado”.

Sin embargo, Ricardo tuvo la valentía de no dejarse arrebatar la esperanza y las ganas de vivir. “Yo creo mucho en el karma y en el dharma. En la vida me tocó ese karma, pero también muchos dharmas: tener un trabajo, vivir bien, tengo un hogar muy bonito, tengo una persona que me ha querido toda la vida, yo la he querido a ella, tengo unas niñas adorables, tengo unos hermanos muy buenos, el haber podido desarrollar la docencia y, por supuesto, hacer crecer esta empresa. Fíjate que uno a veces dice por qué me pasa eso a mí, pero yo nunca me quejé, ni reclamé y yo creo que eso me ha servido para entender que hay cosas que tienen que pasar, y pasan y listo, y uno tiene que buscar la manera de superarlas. Yo creo que los guerrilleros lo que querían era que uno se fregara, les tuviera miedo a las cosas, no volviera a hacer nada”, dice con tranquilidad.

Ricardo logró superar una prueba que parecía insoportable y siguió adelante con la claridad que le da tener sus prioridades en orden. “Yo primero que todo soy papá y esposo, eso es lo más importante, después debo ser un buen hombre y luego está mi faceta y mi trabajo como empresario”.

Ahora vive más tranquilo. Dejó de dar clases, es vegetariano, lee mucho, juega golf y ve todos los partidos de su equipo, el Atlético Bucaramanga. Aunque su familia siempre ha estado primero, le sigue apostando a hacer empresa en Colombia. Ha construido un legado que promete ser inmune al paso del tiempo.



Ricardo. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

DAVID HUTCHINSON: LOS DOS LADOS DEL CRISTAL

POR: LEO FELIPE CAMPOS



David Hutchinson. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

Volvió a su casa luego de cenar con dos amigos en Usaquén. Estaba solo en Bogotá porque su esposa había viajado a Filipinas para visitar a su familia. Eran las ocho y treinta de la noche de un primero de mayo de 2002. Día lento, día festivo. Al entrar al parqueadero de su edificio ubicado en Rosales, zona acomodada de la capital colombiana, el sistema de luces automáticas no se encendió. Algo habrá fallado en el sensor, pensó en un pestañeo y siguió como si nada. En ese momento no se dio cuenta de que había reparado en ello. Un minuto más tarde lo entendería. Frenó, puso el pare, giró la llave y fue sorprendido por una voz apenas bajó de su automóvil.

—¿Usted es el señor Hutchinson? —preguntó un extraño con buena pronunciación.

—Sí —respondió él.

No sabe por qué dijo la verdad, pero la dijo. Así es la velocidad del asombro. Hoy no recuerda si fueron cuatro o cinco los sujetos que le saltaron encima, aunque pudo ver que estaban armados, usaban máscaras y chaquetas de cuero. Trató de forcejear y resultó inútil. Lo tiraron al piso, le metieron un trapo en la boca con una sustancia anestésica para tratar de drogarlo, le vendaron los ojos y lo amarraron de pies y manos. Después lo lanzaron dentro del baúl de su viejo Mercedes 250 color granate y arrancaron. El vigilante, un cómplice según determinaría la Policía

meses más tarde, abrió la puerta de acceso sin hacer preguntas y el carro se perdió en medio de la noche.

Dentro de la pavorosa estrechez del baúl, David Hutchinson, inglés y exbanquero jubilado, intentaba comprender lo que ocurría. Estaba angustiado en medio de la oscuridad. Luego de una hora, por el movimiento, sintió que atravesaban un camino sin asfaltar y subían una cuesta. Los maleantes habían conducido hacia el sur. Salieron de la ciudad y se detuvieron frente a una casita pequeña, en algún lugar montañoso que no supo reconocer. A David le costaba respirar. El pánico y el mareo comenzaban a invadirlo cuando abrieron la cajuela y le quitaron la venda de los ojos. Vio a uno de los hombres. Vio también su arma de fuego.

—No grite, que aquí nadie lo va a escuchar. Y no haga nada estúpido para que no lo matemos.

Aquel sujeto quiso cerrar el baúl, pero David lo detuvo con sus pies.

—¿Qué quiere?! —preguntó el secuestrador, y le quitó el trapo de la boca.

David le respondió entre atolondrado y suplicante con su español de marcado acento británico:

—Mira, me voy a morir. Si tú cierras el baúl me quedo sin aire.

El criminal sacudió su pistola en señal de amenaza y dejó la cajuela abierta. Al cabo de media hora un perro ladró cuando vio llegar una camioneta Toyota Land Cruiser 4x4. Varios hombres salieron de la pequeña casa, recogieron a Hutchinson y lo llevaron a los asientos traseros de la Toyota.

—¿Quieres acostarte o sentarte?

David se sentó y la camioneta inició su recorrido. Subió por un camino de tierra cada vez más alto. El Mercedes los siguió. Hacía frío. Aunque la noche sin luna era negra, a Hutchinson se le dificultaba saber la hora, como si fuera un dato importante. Esperaron hasta que sonó una llamada telefónica. Y siguieron esperando.

A David lo sacaron entumecido cuando el sol terminó de despuntar. Lo primero que vio fue un potrero. Le pareció que estaba en otro mundo, y le pareció bonito. Todos seguían en silencio y él entendió que lo mejor era no hacer preguntas, sobre todo cuando vio aparecer a un hombre uniformado, con botas pantaneras y un rifle colgando del hombro. Tenía un bigote fino, la nariz afilada y el pelo negro lacio. El típico campesino de la sabana, pensó Hutchinson, que se había puesto de pie sobre sus calcetines. Estaba sin zapatos.

Los secuestradores le soltaron las amarras.

—Llegaste —le dijeron.

El uniformado lucía sobre sus hombros las siglas FARC-EP. Intercambió algunas palabras con quienes habían capturado a David en su edificio. Luego se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Sabes quiénes somos?

A sus 59 años, David Hutchinson, el exbanquero inglés, supo que a partir de ese momento no sería más que una moneda de cambio. Un 'objetivo económico', como le había aclarado aquel guerrillero, presumiblemente del Frente 51, detrás de una sonrisa que le pareció despreciable.

—¡Bienvenido a la revolución armada!



Foto sobre una mesa de los hijos de David Hutchinson. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

II

Dice su nombre despacio mientras se seca el sudor. Acaba de llegar y come a prisa para atendernos a la hora. Es la estricta puntualidad inglesa, pero a la colombiana. David John Hutchinson se sienta en la sala de su apartamento, rociada aquí y allá por fotos familiares enmarcadas en portarretratos. Habla con cercanía y cordialidad.

El suyo es un hogar silencioso y con buen gusto, tiene una decoración más bien típica del siglo XX. Destacan obras de arte precolombino y máscaras de lejanas etnias de Oceanía que ha recogido durante sus viajes y mudanzas. Viene de hacer lo que hace a diario: reunirse con amigos, ofrecer charlas y asesorías en universidades y entidades financieras.

Actualmente tiene setenta y cinco años; dos hijos propios, John, el mayor, ingeniero mecánico; y Victoria, quien trabaja en la industria editorial. Un hijo al que siente como suyo, de su actual esposa, una mujer que nació en Filipinas y que tiene raíces españolas, a quien cariñosamente llama Nanette. Y seis nietos en total.

David es paciente y muestra un elocuente sentido del humor. Es también un amante de la naturaleza y de la botánica; en la terraza exterior de su apartamento, que ofrece una vista panorámica de Bogotá, privilegiada e impactante, bailan con la brisa decenas de orquídeas que cuida con pasión

junto a su esposa. La luz se cuela en diagonal y le da en el rostro.

—Los extranjeros no usamos el segundo apellido — dice cuando se lo pregunto.

Es curioso, yo también soy extranjero y a veces uso mi segundo apellido. David da la impresión de asumirse como alguien diferente en este país del que nunca pensó irse: un inglés nacido en India, trotamundos acoplado y de mirada alternativa. Una persona de afuera que vive adentro. Muy adentro. Salvo una inesperada voltereta del destino, sugiere, en Colombia vivirá hasta el último de sus días. Es un ser humano agradecido.

Sus hijos y nietos viven todos en países del extranjero. Su esposa Nanette, puede o no estar en casa, al igual que su empleada doméstica. Queda claro que para recorrer su vida, en especial aquella dura etapa del secuestro que sufrió en 2002, Hutchinson prefiere hacerlo a solas. Y desde este espacio de calma y comodidad reconstruye un grueso de su pasado, comenzando, cómo no, por donde empieza todo inicio de lo que somos: nuestros padres y los padres de nuestros padres.

—Ambos son británicos. La familia de mi padre es del norte de Inglaterra; eran industriales, pero más bien científicos. Mi abuelo, después de graduarse en la universidad, fue profesor de física y química; y

su padre venía de un grupo de personas que estaba desarrollando la industria del hierro fundido, hecho de mineral de hierro, cal y carbón, antes de la invención del acero.

Estos industriales sufrieron con el colapso de la economía occidental que representó el gran *Crash del 29*. Por ese motivo, el padre de David abandonó el negocio familiar y se presentó al Ejército de la India, que formaba parte del imperio británico. Allí conoció a la mujer que sería su esposa: la madre de David.

Como militar, el padre de David debió combatir en la Segunda Guerra Mundial, específicamente contra los japoneses en Birmania. En cambio, su madre permaneció en Peshawar, que hoy pertenece a Paquistán, pero entonces estaba también bajo dominio del reino inglés, y allí nació él, en 1943.

Cuatro años más tarde, cuando la India obtuvo su independencia, fue con su familia hasta Inglaterra, donde vivió su infancia y adolescencia internado en el colegio rural donde estudió: una vieja casa de campo al norte de Londres.

—Muchos británicos estaban trabajando en otros países, entonces los viajes eran difíciles, no había aviones y las distancias eran grandes.

Hutchinson recuerda que durante su niñez compartió con católicos y judíos, y con niños de Persia y de la India.

Había una mezcla variopinta. La religión protestante tenía su peso, pero no era lo más relevante del sistema educativo. En la Universidad de Oxford terminó su formación clásica: estudió latín, griego y filosofía. Comenzaban los años sesenta y gracias a sus deseos de viajar eligió una carrera vinculada a un banco internacional, el Bank of London and South America (Banco de Londres y América del Sur), fundado en 1923, aunque sus orígenes se remontan al siglo XIX.

—Después de la guerra el mundo vivió un periodo de racionamientos por la total escasez y falta de plata, pero tuvo que empezar a despertar. Europa era un área definida por una pobreza que trataba de levantarse; y eso terminó en una explosión de libertad y consumo, la música de The Beatles, la ropa, los carros más interesantes, Wimbledon... Y Londres siempre ha sido un gran centro financiero, hay bancos, seguros, entidades de mercado de capitales. Mi idea era ir a países que no habían pasado por la guerra, desarrollarme dentro de un ambiente distinto, más complicado; o sea, no hacer las cosas fáciles, no quedarme en casa hablando inglés y ya. América aceptaba inmigrantes, era un continente abierto, no era complicado venir y buscar trabajo, daban la bienvenida a todos.

—Y si llegaba con un contrato en un banco, mejor.

—Exacto, y a mí me aceptaron. Fui enviado como aprendiz a la sucursal del banco en Buenos Aires (Argentina), en 1967.



David Hutchinson. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

III

Dos meses y medio antes de que raptaran a Hutchinson, exactamente en la mañana del 20 de febrero de 2002, un Frente de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) había secuestrado el avión HK 3951 de la aerolínea Aires, que cubría la ruta Neiva-Bogotá, con treinta pasajeros a bordo.

Tal como constatan los reportes de la época, los guerrilleros desviaron la aeronave hacia El Hobo,

en Huila, y la hicieron aterrizar en una carretera que habían despejado para tal fin. Liberaron a la mayoría, menos al senador Jorge Eduardo Géchem Turbay. Esta acción terminó de ponerle fin a los diálogos de paz que habían iniciado tres años antes entre el gobierno de Andrés Pastrana y las FARC.

Solo tres días más tarde, el 23 febrero, la candidata y vicecandidata presidenciales Ingrid Betancourt y Clara Rojas fueron secuestradas durante una visita que pretendían hacer a la zona desmilitarizada de El Caguán. En plena campaña electoral volvía a crecer la tensión en torno a los grupos insurgentes. Una de las primeras medidas del Gobierno colombiano fue retirarles a las FARC su estatus político.

El 2 de marzo, la Policía colombiana capturó a José Parménides Castro, quien entonces comandaba el Frente 51 de las FARC, que operaba en Cundinamarca. El comando del Ejército señaló que el jefe guerrillero había abandonado su facción quince días atrás, luego de llevar consigo 500 millones de pesos en efectivo (unos 217.000 dólares), “producto de extorsiones y secuestros” perpetrados por el Frente 51. El arresto de Castro se produjo solo tres días después de que el Ejército asesinara en un enfrentamiento a Salvador Vargas, alias “Silverio”, comandante del Frente 54 de esa guerrilla. Silveiro era acusado de dirigir secuestros y extorsiones en las cercanías de Bogotá.

El 16 de marzo, el arzobispo de la Arquidiócesis de Cali, monseñor Isaías Duarte Cancino, quien se había pronunciado públicamente en contra de guerrilleros y narcotraficantes, fue asesinado por sicarios en Cali. Cuatro días más tarde, el DAS (Departamento Administrativo de Seguridad) capturó al traficante de armas Luis Fernando Gómez Gómez, alias *Mono Parranda*, quien según informaciones oficiales de entonces abastecía a los frentes 35 y 37. Por si fuera poco, al día siguiente doscientos guerrilleros de las FARC se tomaron el acueducto de Pasto para desabastecer de agua a la población y exigir la presencia del alcalde de Pasto y del gobernador del departamento de Nariño.

El 11 de abril, combatientes de las FARC asaltaron en Cali la Asamblea Departamental del Valle del Cauca y secuestraron a doce diputados, y el 21 del mismo mes el gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria, y su asesor de Paz, Gilberto Echeverri, fueron secuestrados por esa misma guerrilla.

En ese marco de recrudecimiento del conflicto, con nuevas y constantes acciones guerrilleras y sus respuestas militares, ataques y contraofensivas a fuerza de amenazas y plomo, se produjo el secuestro de Hutchinson y de otras personas en la capital colombiana.

—La guerrilla ya no podía andar con relativa seguridad. En el caso mío y en el de otros secuestrados que encontré, todos habíamos sido raptados en Bogotá

y luego llevados a la localidad de Sumapaz –comenta David–. En Colombia el negocio más fácil para el secuestro era venderle a las FARC, una preventiva de la víctima arreglada mediante contactos en la ciudad, de milicianos o gente que sube y baja a las montañas.

Sin zapatos porque sus plagiarios tenían la idea, si se quiere un tanto hollywoodesca, de que él podía llevar escondido en las suelas un transmisor GPS, Hutchinson fue guiado por el monte por potreros y sembradíos, y ahí, entre vacas pastando, encontró a otro secuestrado, un comerciante de Corabastos. Iban sin vendas en los ojos y podían conversar. El primer campamento, apunta David, era precario.

–Era cerca de Bogotá. En esa época uno podía ‘tirar una piedra’ y la guerrilla estaba ahí, encima de Sibaté. Este muchacho y yo quedamos una noche solos en un cambuche pobre, porque eso era lo que se puede llamar la primera línea de guerra, muy peligrosa para ellos, no podían quedarse ahí mucho tiempo. Recuerdo que hicieron una sopa para almuerzo y después llegaron otros guerrilleros, que eran más impresionantes: dos mujeres y un muchacho. Las mujeres vestidas todo de negro, evidentemente de una clase superior. Yo más o menos puedo intuir de dónde venían o qué clase de gente era. Eran importantes, gente que vive en Bogotá, que subía y bajaba, y que uno podría cruzarse ahora en el centro, en la universidad, pueden estar ahí y después suben y pasan unos días en la guerrilla, era así. Entonces llegaron y nos miraron,

preguntaron quiénes éramos los dos, y una de las guerrilleras dijo: “Bueno, para adentro”.

El comandante, aclara David, era un campesino, y recibió sin chistar la orden que le dieron estas dos universitarias intelectuales de la guerrilla.

—Ellas se fueron, pasamos una noche y después nos llevaron a un segundo campamento. Como estábamos cerca de Bogotá nos encadenaron a unos árboles con cadenas de acero y candados, para no dejarnos escapar.

En ese segundo campamento, relata David, los guerrilleros patrullaban más que en el anterior. Se veían agitados, temían que el Ejército colombiano lanzara algún ataque. Tras la llegada de otro sujeto que venía de la ciudad y repartía nuevas órdenes, apareció un contingente que los trasladó a un tercer campamento, más robusto, con unos noventa o cien uniformados, según recuerda.

—Eso sí era una compañía de verdad, con comandantes importantes, perfectamente educados, buena gente, pero nos dijeron: “Aquí no pueden quedarse porque es muy peligroso. Estarán solo una noche”. Nos dieron un cambuche y al día siguiente: “¡Tienen que salir ya!”.

Sobre el momento, el lugar y su condición de víctima, David ofrece una mirada repleta de matices. Con

su memoria es capaz de cambiar de perspectivas; interroga, analiza y procura comprender los complejos engranajes de la guerra, no desde una condena absoluta y plana, sino desde el reconocimiento de las diferencias. A pesar de sus recuerdos dolorosos, ríe y apunta a las posibilidades de crecimiento que vivió mientras lo mantuvieron cautivo.

—Allí tuve la sensación, por primera vez, de estar al otro lado de la guerra. Los secuestrados íbamos con el enemigo, compartíamos su miedo cuando el Ejército estaba muy cerca de nosotros, con los aviones pasando encima. Estábamos en dirección a Sumapaz con la guerrilla extremadamente nerviosa. Así es la zona de conflicto. Estábamos presenciando una guerra de verdad; todo era disciplina militar, todos uniformados, con armas y equipos para escuchar aviones.

—¿Les permitían conversar con comandantes guerrilleros?

—No. No. Siempre aislados. Los guerrilleros en el frente de batalla no tienen ni tiempo, y no está permitido hablar con secuestrados; los secuestrados no deben estar ahí. El comandante es un señor perfectamente educado, actúa normal, a veces él te habla un poco: “¿Cómo están?”, “les voy a poner aquí”, “aquí no pueden quedarse”, y después de eso llegan más *guerrillos*, los que están designados para cuidar secuestrados. Así es el negocio. Estos son los

que han sido heridos de bala en combate y están curándose, o los que tienen otros problemas y no pueden pelear.

Según su relato, luego de ese campamento peligroso con una compañía numerosa lista para combatir, trasladaron a los rehenes hasta un pueblo de montaña en Cundinamarca, y después, a paso de bestias, los internaron en el Páramo de Sumapaz.

—Todavía éramos dos secuestrados, pero el otro, el colombiano, dijo que no sabía montar, ¡y a mí me gusta montar! Entonces tomé la yegua y él tomó la mula, y subimos, ¡fuifgh! Arriba, arriba, arriba, arriba... Salimos de los cultivos y casitas de campesinos sembrando papas, y entramos en el páramo, eso fue en un día. Llegamos bastante alto. Hicieron un cambuche, quedamos los dos y devolvieron la yegua y la mula, porque no había trocha ni nada. Subimos más y más, y la segunda noche llegamos a un campamento donde había otros secuestrados. Fue un alivio, tuvimos nuevos amigos con quienes hablar y compartir. Ahí no hay árboles, solo un poco de arbustos, es bastante pelado. Había cuatro o cinco cambuches compartidos, y éramos como ocho secuestrados.

Cuenta David que en ese sector del páramo fue donde más tiempo estuvieron retenidos: alrededor de cuatro meses. Al igual que los otros cautivos con quienes compartía, Hutchinson fue despojado de sus

pertenencias: zapatos, billetera, documentos, dinero, celular... Y su celular, según sabría mucho después, estaba siendo rastreado por la Policía. Alguien había efectuado llamadas con él desde Ibagué.

Diez meses luego de su captura, tras quedar en libertad, Hutchinson publicó un libro sobre su experiencia, *Through a looking glass* (*A través del espejo*), una metáfora clara de su vivencia como rehén: verse reflejado, aunque imposibilitado de saber qué hay detrás del cristal, qué está pasando al otro lado del espejo.

Y al otro lado estaban Nanette y John, su hijo mayor, quien vivía en Londres y viajó hasta Bogotá al enterarse del rapto de su padre; sus excompañeros del mundillo financiero y algunos buenos amigos. David había sido muy respetado, querido y admirado durante su paso por el Banco Anglo Colombiano. Entre esos seres cercanos estaba Alba Rojas Sanabria, quien fuera su mano derecha en el banco, una persona de su entera confianza.

Ellos se reunían de vez en cuando junto a otro hombre, el hermano de una amiga de David que vivía en Medellín, y un señor que apareció de repente, de forma sorpresiva, el dueño de una fábrica de ladrillos, alguien que había estado secuestrado con Hutchinson, alguien que ya había sido liberado y traía un mensaje del exbanquero inglés.



David Hutchinson. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

IV

Antes de llegar a Colombia, David Hutchinson vivió un largo periplo de cambios y traslados. Desde aprendiz de cajero en Buenos Aires, trabajando en atención al público detrás de un mostrador, hasta ser el presidente del Banco Anglo Colombiano en Bogotá; vivió en España, Inglaterra, Francia, Brasil, Australia, India, Filipinas y Papúa Nueva Guinea.

Como vocero de instituciones financieras debió negociar por igual con el régimen comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a

inicios de los años setenta y con la dictadura de Francisco Franco en España. Negocios, inversiones, grandes proyectos de financiación a gobiernos para compras, establecimiento de empresas nacionales de alimentos, textiles, minería o automóviles.

En Buenos Aires conoció a su primera esposa, la argentina Graciela, y pronto volvió a Europa a recorrer países y aprender sobre economía y finanzas mientras ascendía en los bancos aliados donde trabajaba. Estando en Londres nacieron John y Victoria, sus hijos. Él y Graciela viajaron siempre con ellos. En cada país al que llegaban se instalaban y comenzaban el proceso de buscarles un colegio bilingüe a los chicos. Estando en España, Hutchinson manifestó su interés de volver a América Latina.

—Entonces tuve una suerte loca, me ofrecieron un puesto en Brasil. Pasé ahí entre 1976 y 1980. ¡Genial! Siempre en Sao Paulo. En esa época Brasil estaba en una subida inmensa, el país cambió enormemente y mientras hacía eso atraía capitales, inversiones, préstamos bancarios, todo lo que quería. Era espectacular. Todo el mundo quería estar en Brasil, era un país donde tenías que estar adentro porque no era de libre comercio, ellos querían desarrollar todo adentro y proteger sus economías; había proyectos de generación de electricidad, hidroeléctricas, centrales de generación nuclear, ferrocarriles, minas, fábricas de automóviles, aviones... una experiencia fabulosa. Y la gente es divina.

Aunque Hutchinson no lo menciona, desde el golpe de Estado de 1964 en Brasil, y hasta 1985, el control militar ejerció una fuerte censura y persecuciones y torturas, hoy documentadas, a líderes políticos de izquierda. Eso marcó a un país que, a su vez, se abrió a nuevas alianzas económicas de comercio exterior con China y Angola, y a una mayor democratización en aspectos concretos de la vida civil y la participación de nuevos partidos políticos.

David estuvo en Sao Paulo hasta que a inicios de los años ochenta hubo un ajuste en la legislación financiera en Australia, y ese hecho lo empujó a empacar nuevamente las maletas luego de cuatro años para emprender otro largo viaje con su familia, y adaptarse a un nuevo cambio de cultura. Aunque era sabrosa la vida, dice Hutchinson, quien recuerda cada desplazamiento con una sonrisa en la cara.

—Australia también es un país grandísimo, supremamente interesante, estimulante. Mis hijos fueron a colegios y la pasamos buenísimo... Pero después me mandaron a abrir una oficina en la India, entonces volví a Nueva Delhi, donde había nacido, después de más de treinta años. Imagínate. ¡Fabuloso! Pero algo malo pasó: Graciela, mi señora, enfermó de gravedad.

En esa situación, el banco envió a Hutchinson a Londres, donde esperaba obtener un mejor tratamiento médico para su esposa. Pero Graciela murió.

—¡Pum! Y en ese momento, además, estalló la crisis financiera en América Latina. Toda la plata que habíamos prestado se fue al diablo. América Latina tuvo que hacer una renegociación de la deuda externa. En la carrera de banqueros de mi generación eso nos marcó, fue un momento en el que todo cambió, porque nuestro banco se había concentrado durante casi cien años en América Latina, y de repente ¡plá!, no pagaron su deuda. Muchos bancos tuvimos que hacer una provisión contra nuestro patrimonio, nos volvimos como enfermos, medio muertos, y duramos años tratando de volver a capitalizarnos.

Después de enviudar y solo con ganas de seguir trabajando, a Hutchinson lo enviaron a Filipinas, donde conoció a Nanette, su actual esposa; y luego a Papúa Nueva Guinea. Allí, recuerda él, estando en *shorts* y mirando al mar, recibió una llamada desde Londres. Era su jefe, quien le proponía un nuevo cambio.

—¿Quieres ir a Colombia?

—Sí.

—¡No seas idiota! Tienes tiempo para pensarlo. Hablemos mañana.

Al día siguiente, Hutchinson tenía su respuesta preparada:

—¡Vamos a Colombia!

La estrategia financiera para este país era acompañar el fortalecimiento que impulsaba el Gobierno de entonces a través de un marco legal para nacionalizar la banca y crear empresas mixtas.

—Esto internamente tuvo un efecto positivo, porque si tú eres cien por cien extranjero tienes un jefe encima todo el tiempo, hay que pedir permiso a Londres para hacer esto, para abrir una sucursal o lo que sea, pero siendo una empresa nacional con una acción en la bolsa de valores aquí y una junta compuesta también con colombianos, fuimos adelante. Tuvimos que cambiar el nombre y llamarnos Banco Anglo Colombiano. Así como el City Bank se llamaba Banco Internacional, el Royal Bank of Canada se llamaba emm... ahora no me acuerdo, ¡pero todos tuvimos que cambiar el nombre! Nosotros no tuvimos por qué no crecer aquí, fue muy divertido, hicimos cosas y más cosas.

Tal como apunta David, llegaron a ser “un banco todero” en Colombia, con capacidad para generar más de mil empleos directos en las 66 sucursales que lograron inaugurar a lo largo del país. Pero eso fue algo que lograrían con los años. Antes vendría su primera impresión.

—Yo llegué en el peor momento de la violencia del narcotráfico. Creo que le habían ofrecido ese trabajo a medio centenar de colegas míos, y todos dijeron. “¿Colombia? ¡Qué tal! No”. Antes de viajar me mandaron a Inglaterra a solicitar una visa de trabajo.

El cónsul en Londres finalmente se la dio y tomó un avión a Miami.

—Debía llegar con Eastern Airlines el 6 de diciembre de 1989. Me levanté tempranito porque el avión salía a las seis de la mañana. Bajé a tomar un café en el hotel del aeropuerto. Allí me dieron un periódico, el *The US News World Report*, y cuando leo: en la primera plana estaba la foto de la bomba que había estallado en la sede del DAS. ¡Pam! Llamas en colores saliendo de la página, y yo en media hora tenía que tomar un avión para ir a Bogotá. Todo era completamente loco. En ese avión solo había como seis personas. Imagínate la atmósfera. Era tremendo.

V

Los voceros de las FARC para negociar la liberación de Hutchinson comenzaron exigiendo dos millones de dólares. Una vez que tuvieron noticias suyas, el grupo de Alba Rojas y sus amigos conversaron con el hermano Raymond, un sacerdote estadounidense de madre colombiana que vivía en Cali desde los años setenta, un hombre controvertido, fuerte, carismático y de pública vocación humanitaria, quien, según cuenta Rojas, había servido antes de intermediario para colaborar en la liberación de otros secuestrados.

En adelante, del 'otro lado del vidrio' sería Ray quien tomaría la voz de los amigos y familiares de Hutchinson.

En su libro *Through a looking glass*, David narra que entre junio y julio las negociaciones para su liberación fueron tensas. Del monto que originalmente exigía la guerrilla, sus amigos y familiares podían garantizar menos de la mitad. Eso no cayó bien dentro de las FARC, entre otros motivos porque entendieron que la Embajada británica y el Gaula (Grupo de Acción Unificada por la Libertad Personal) del Ejército estaban al tanto, y se suponía que no debían informar a las autoridades. El exbanquero recibió amenazas de muerte.

Esta es una de las breves conversaciones telefónicas que Hutchinson rememora en su libro, entre Ray a quien llama *Padre*, y el comandante guerrillero:

—La platica que están ofreciendo es muy poca. ¿Quieren ver el cadáver de este hijo de puta, o qué?

—Estamos tratando de vender hasta los muebles del jardín, pero está lloviendo mucho en Inglaterra.

—Estamos hartos de ti; no nos gusta que nos mamen gallo.

—Estupendo, ¿puedo renunciar? Porque creo que tú no estás preparado para negociar y yo tengo otras cosas que hacer.

Las llamadas y contactos se sucedieron con el transcurso de las semanas. La presión aumentaba. Por si fuera poco, la llegada a la presidencia de

Álvaro Uribe Vélez en agosto de 2002 trajo consigo un fortalecimiento del Batallón de Alta Montaña del Sumapaz, creado el año anterior por el Ejército colombiano para combatir, justamente, a los guerrilleros que hacían vida en la zona donde estaban secuestrados Hutchinson y los otros. Ese hecho obligó a que se cortara la comunicación debido al movimiento de campamentos de las FARC y al traslado de esos rehenes a otra zona del país.

—Nos juntaron a todos y caminamos, había mucha gente y llegamos a un campamento grande, arriba de La Cabrera. Había como tres frentes, el Frente del comandante Mejía, el Frente del comandante Byron, emm... y otro comandante, ¡pero impresionante! Porque eran, lo que quieras, como ochocientas personas. Habían recibido órdenes de evacuar Sumapaz e ir para la selva, cerca de la Macarena, en el Meta. Salimos a caminar montones. Mucha gente. Y tres comandantes, más los perros y las yeguas. Bajamos por un río al que llamaban el río Duda. Fueron semanas caminando. Cambia el clima, cambia todo...

Explica David que la guerrilla tiene una línea invisible alrededor de su centro, donde están los miembros del secretariado, y que desde allí se defienden contra el Ejército.

—Uno penetra eso y va para adentro. Ahí estás en lo que ellos llaman “nuestra tierra”. No va nadie, solamente ellos. Cuando estás en un campamento

donde vas a quedar un rato, empiezas una rutina y te levantan a las cuatro y media de la mañana. En uno de esos campamentos me llamaron y me dijeron: "Venga con nosotros". Yo fui y había un comandante en una casita de madera, que estaba sentado afuera. Él empezó a tomar nota, tenía papel y lápiz: "¿Cómo se llama usted?, ¿qué hace?". Escasamente sabía escribir, era de origen puramente campesino, pero muy experimentado, un guerrillero de importancia. Uno sabe quién era el que mandaba con el negocio del secuestro allá, pero, pues, no sé, y no quiero, no quiero decir... Pero él era tan importante que hacía las entrevistas y tenía la información de a quién tenía. Él era el que había dado la autorización de secuestrarme.

—¿En ese punto, varios meses después de su rapto, sentía que su vida estaba en peligro?

—En ciertos momentos, sí, pero ellos tienen como objetivo sacar la plata de los secuestrados. Esas son las reglas. Y son colombianos normales y corrientes. De noche uno puede cantar o jugar tejo con ellos, o jugar ajedrez, uno juega mucho ajedrez, algunos comandantes de la guerrilla habiendo jugado ochenta mil partidos de ajedrez son muy buenos.

En *Through a looking glass*, Hutchinson habla sobre un primer comandante que estuvo encargado de cuidar a los secuestrados durante varias semanas, día y noche. Un hombre que, según su propio relato, había trabajado en Los Llanos cuidando ganado

hasta que unos efectivos del Estado colombiano lo convirtieron en sospechoso y lo metieron preso en Villavicencio. Al salir consiguió una pistola, subió a un bus y mató a un policía. En adelante, para refugiarse, se unió a las FARC.

—Jugaba muy bien ajedrez. El día que por fin pude ganarle me dio satisfacción. Él venía todas las noches y decía: “Vamos a jugar un partidito”. Y fue agradable. Además, cuando uno se lastima; yo me caí cruzando una chamba en alta montaña, patiné y me golpeé y empecé a sangrar enormemente. Y él me curó, él estaba muy atento. No tienen medicinas ni nada, o sea, la vida es muy primitiva, ¡o vives o mueres! Y el cuerpo se cura lavando con agua y nada más, pero en eso él era perfectamente humano. Y también hay campesinos guerrilleros que son muy chicos, apenas tienen catorce o quince años.

Hutchinson no desconoce el poder de fuego de las FARC ni niega la existencia de criminales despiadados entre sus filas, repite que, según su perspectiva se trata de un grupo ilegal que se alimentó del narcotráfico y realizó prácticas que entiende como terroristas, pero resalta el diálogo político constante que había entre sus comandantes y milicianos, donde existía, detalla, una educación ideologizante anticapitalista y antiestadounidense.

—Hacen una estructura con bancos y troncos para sentarse y, arriba, ponen como una tarima. Hay

personas en la guerrilla que son como profesores de marxismo. Historia colonial, los indios contra los españoles, el capitalismo... Es solo para ellos. Siempre tiene que haber alguien encargado de impartir la doctrina, aunque sea analfabeta. Ese es el sistema hasta que llega la persona importante de la universidad tal o cual... Había un profesor muy divertido, pudimos hablar mucho con él, cargaba libros de poesía en su morral, y fumaba una pipa, siempre estaba buscando picadura de tabaco, parecía un intelectual de una película italiana de los años sesenta...

En los meses que siguieron, primero en el páramo y luego en el departamento del Meta, Hutchinson intentó aprender las formas de vida en el monte, procuró desarrollar su paciencia y se entregó a la contemplación y al disfrute de la naturaleza tanto como se lo permitían, porque allí, en esas condiciones, dice, los seres humanos se vuelven más elementales.

—Ver los árboles, los pájaros y los micos, eso me encantaba. En Sumapaz y en ciertos sitios donde generalmente había una casa de un campesino, con unas vacas y una mula, poníamos nuestros cambuches alrededor, y había pequeños ríos y lagos... Ver eso es una belleza. Es una paz. Y ellos salían a pescar trucha para comer. En Sumapaz y Chingaza. Y si éramos amigos podíamos participar. ¡Eso es bien adentro, donde el Ejército estaba lejos! Vivimos como una aventura campesina con ellos.

Uno está en lo que llamamos un paseo ecológico y, pues, no hay otra alternativa.

Mientras, del 'otro lado del vidrio' Ray, Alba Rojas y sus amigos buscaban opciones de negociación para poder liberar a Hutchinson. Esa contradicción, o ese contraste entre realidades que se buscan, pero no se tocan, es lo que Hutchinson llama la doble hélice: aunque ambas vidas giran en torno a un mismo eje es imposible que se encuentren, avanzan y dan vueltas sin que una tenga conocimiento de la otra, como un espejo de dos caras que refleja cada lado e impide ver lo que hay detrás.

—Ese momento fue duro, intentábamos mantenernos en silencio, ser cuidadosos, pero muchos querían ayudar, y la gente decía de todo —recuerda Alba Rojas—. Una vez llegaron y nos dijeron: “Miren, si ustedes quieren saber algo, realmente, y que David vuelva rápido, hay solo una persona que les puede ayudar...” Y, pues, en esas circunstancias todo era esperanzador. Entonces: “Sí, ¿quién es?”. Y era un general del DAS. Bueno, yo no fui a esa reunión porque tocaba ir a su casa; además cobró una cifra horrible, absurda. Pero dijo que en tres días él hacía que lo devolvieran. Imagínate. Y era del DAS. Qué locura. Pero como cobró tanto... “¡No, gracias, muy amable!”.

VI

Hutchinson había perdido diecisiete kilos cuando fue liberado. Además de las caídas y cortadas, sufrió dolores en articulaciones y huesos. Incluso se infectó con leishmaniasis, una enfermedad transmitida por la picadura de un mosquito, cuyo tratamiento debe hacerse con fármacos costosos, imposibles de adquirir por la guerrilla pues están bajo el control del Estado. Sufrió lesiones en la piel. Estaba agotado, y de alguna forma, también resignado.

Una tarde, los allegados a una de sus compañeras cautivas, una congresista, lograron pactar un acuerdo con las Farc para su liberación. Cuando ella se estaba marchando, luego de recoger sus cosas, les preguntó a los guerrilleros: “¿Y el míster qué?”. Hacía referencia a Hutchinson. Cuando le respondieron que él se iba muy pronto, la mujer pidió permiso para volver a su cambuche y tomar algo que había olvidado. Entonces le dio la noticia a su amigo.

—Eso me cambió la vida, quedamos dos días más, pero ya sabía que habíamos llegado al fin —recuerda hoy David desde la sala de su casa, mientras mira sus orquídeas por la puerta de vidrio que da hacia el balcón.

A las cinco de la mañana lo despertaron para decirle que se iba. Tomó un costal con algunas cosas y comenzó el tortuoso camino de regreso. Una larga caminata, durante varias horas, por los márgenes de un río, que él supone que era el Duda.

—Estaba muy debilitado. Llegó un momento en que nos sentamos y no podía levantarme, no podía caminar, mi cuerpo se puso todo tieso. Quería caminar, ¡pero no podía! Yo me decía. “¡Camine!”. Y no. No se movió la pierna. Ellos dijeron: “Tienes que caminar, si no te devolvemos”. Y no pude. Entonces uno salió y volvió con una yegua. Me montaron encima y tuvimos que correr hasta llegar adonde esperaba un señor que reconocí, en una canoa. Luego fuimos a una casita con una bandera encima, tal vez una escuela rural, y me bajaron.

David usaba un uniforme de camuflaje que le hicieron devolver. Se volvió a poner la ropa con la que había sido secuestrado diez meses atrás. Le quedaba grande. En ese instante llegó un hombre con una camioneta Nissan último modelo que, según le dijeron ahí, había sido robada en Bogotá. Lo trasladaron hasta La Julia, un caserío, y lo dejaron frente a una iglesia.

—Bajé, caminé y entré. Había dos curas haciendo una misa y un montón de mujeres de la zona. Cuando entré, se paró la música y me miraron. Vino el cura y me dijo: “Te estábamos esperando”. Fue extraordinario. Estar en el mundo que conocía antes. Pero muy complicado. No sabes cómo hablarles. Estas personas que te reciben de nuevo en libertad entienden y te dan una buena comida, un chocolate caliente, un pan con queso. Tú no sabes qué hacer, solo duermes un poco.

Uno de los curas, de la orden franciscana, pidió una ambulancia para llevar a David en ella y saltar cualquier posible alcabala, bien fuera del Ejército, de los paramilitares o de otro frente de la guerrilla. Para estar seguros, lo vistieron de monje y le pidieron que no hablara y se hiciera pasar por italiano.

Esa tarde, luego de medio día moviéndose, finalmente llegó a la iglesia de Usaquén, en Bogotá. Ahí lo esperaban Nanette, su esposa; y también Alba con el resto de sus amigos. Curiosamente, lo primero que pidió fue una torta de chocolate.

—Tu mente cambia. Después de dos días quería caminar abajo e ir a un banco. Caminé y llegué a la [carrera] séptima, pero no pude atravesarla por el tráfico. No había visto tantos carros en diez meses. ¡No podía! Me paré al lado y empecé a llorar. A veces me acostaba aquí y cuando oía el sonido de un avión, me tiraba de la cama y trataba de esconderme.

A pesar de estas secuelas, que según dice logró matizar y drenar gracias, en buena medida, a la escritura de su libro, lo que además le permitió no sentir nunca la necesidad de volver a hablar del tema, el exbanquero siente un profundo amor y un agradecimiento absoluto por los casi treinta años que lleva en Colombia. Cuando le preguntan por qué no se mudó a otro país, responde sin titubear que esa idea nunca le pasó por la cabeza.

—La vida que uno ha montado es la única. En el monte uno de los guerrilleros me dijo: "Cuando sales de aquí es mejor vivir en el campo tranquilamente, y no tanto en la ciudad". ¡Y es cierto! Nosotros tenemos ahora una pequeña finca, nos gusta la naturaleza, vivir con perros y gallinas y pájaros. Y la verdad es que todos los vecinos, en el campo, vinieron a disculparse por lo que me pasó en su país: sabían que yo era parte de una comunidad, y no es justo que a uno le pasen tales cosas. Entonces uno está activo entre amigos. Doy clases en universidades y eso me gusta. ¿Voy a ir a vivir en México o en Inglaterra o lo que sea? ¿A qué? Aquí hubo una estadía incómoda, pero tratamos de hacer cosas nuevas. Irse siempre es más difícil.



David Hutchinson. Fotografía: David Felipe Rincón Artunduaga para Akörde

BIBLIOGRAFÍA

CNMH (2018), Bases de datos Observatorio de Memoria y Conflicto. Fecha de corte: 15/09/2018. Disponible en: <http://centrodememoriahistorica.gov.co/observatorio/bases-de-datos/>

CNMH (2013), *Una sociedad secuestrada*. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/secuestro/sociedad-secuestrada.pdf>

CNMH (2018), *Recuerdos de selva*. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recuerdos-de-selva/>

Vicepresidencia de la República. Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario (2001), Panorama actual de Cundinamarca. Disponible en: http://historico.derechoshumanos.gov.co/Observatorio/Publicaciones/Documents/2010/Estu_Regionales/O4_O3_regiones/cundinamarca/cundinamarca.pdf

¿Qué huellas dejó la experiencia del secuestro en estas tres personas? ¿De dónde sacaron ellos la fuerza para seguir viviendo? ¿Cómo resistieron las humillaciones? ¿Cómo rehicieron sus vidas? ¿Quiénes son ellos hoy en día?

Las crónicas que se recogen en esta publicación responden a estas preguntas para ofrecer un mosaico de historias, construidas a partir de testimonios de tres empresarios de Cundinamarca, que permiten comprender cómo un secuestro marca muchas vidas: la de la víctima directa pero también la de sus familiares y amigos implicados en una negociación a todas luces perversa. Se trata nada más ni nada menos que ponerle precio a la vida de un ser querido transformado en mercancía.

De todo este conjunto de voces surge sin duda una impugnación a los discursos usados por los responsables para justificar una práctica tan denigrante como ésta. Estas memorias corren el velo y permiten trazar una línea roja ante aquellas conductas que no pueden volver a suceder porque degradan no solo a la víctima sino también a los perpetradores y a la sociedad en general.

ISBN: 978-958-5500-45-7



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Centro Nacional
de Memoria Histórica



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Embajada de Suiza en Colombia
Paz y Derechos Humanos



Cámara
de Comercio
de Bogotá